

Por  
Jorge H. Uribe S.J.

# ¿Se perdieron los valores?



Debemos reformular los valores, dándoles contenido de acuerdo con la cultura y la ética, pues éstos se fundan en principios.

**L**a expresión “se perdieron los valores” se convirtió en algo frecuente en las últimas décadas en Colombia, pero debido a la continua utilización de la frase en diversidad de circunstancias parece que la comunidad ha olvidado qué son o de dónde provienen.

En principio sabemos que ninguna comunidad o país puede vivir sin valores, a pesar del argumento de cambio continuo que muchos esgrimen. Debemos entender también que los cambios culturales, éticos, religiosos y espirituales no se dan de la noche a la mañana. Si miramos la historia de Colombia, muchas cosas cambiaron para las tribus indígenas con la acultura-

ción española. Esas transformaciones no se dieron de un momento a otro, hubo resistencias, porque todo cambio hiere intereses.

Vamos a suponer que los españoles trajeron la religión católica y que eso en sí fue positivo. Sin embargo, pasaron varias generaciones para que la Constitución Política de 1886 señalara a Dios fuente de todo bien y pasó casi un siglo para que Dios ya no fuera sustantivo sino adjetivo en la Constitución de 1991. Este caso de valores religiosos podría demostrar a muchos que en el proceso citado se habrían perdido todos los valores que tenían los indígenas a la llegada de los españoles.

### ¿Cambio o transmutación?

Es importante tomar consciencia de los valores que tenemos o decimos tener para poder formar nuestra identidad, así como definir los valores en cada época, en cada país y en cada cultura para poder vivir la identidad.

Por ejemplo, los españoles hablaban de respeto, pero a Dios, al Rey y a los blancos. Hoy no se tienen los mismos conceptos y nuestros intereses están dirigidos, por ejemplo, a los derechos humanos, el respeto a los niños, a la mujer, a los animales y al ecosistema entre muchos otros. Hace unas décadas nuestros abuelos decían que respeto era no hablar cuando están hablando los mayores, por lo tanto los niños, debían callar.

¿Podríamos hablar de valores colombianos hoy? Teniendo en cuenta los diversos intereses propios de cada región o los que impone Inter-

net o la globalización de la economía o la geopolítica debemos entender que cada grupo social tiene intereses diferentes y por ende una interpretación particular para los valores, con contenidos distintos y necesidades diferentes.

La expresión “se perdieron los valores” dicha en forma categórica, no sólo no es verdad, sino que no es posible, no es válida culturalmente hablando. Nadie sobrevive sin valores, sin objetivos, sin aprecio por algo en la vida. Es más, en muchos casos se han revitalizado; testimonio de ello es el valor nobleza entendido como pureza de sangre, al que tanta importancia se le dio en el pasado y que se ha venido a menos en la sociedad moderna. Ya no importa tanto la genealogía como la calidad de la persona misma, ya no importa tanto el origen social como la capacidad humana.

Principios como “Cuando se empeña la palabra dada, hay que cumplirla” son vitales aunque ya muchos no lo practiquen en Colombia. ¿Por qué? pues, porque defienden valores como el honor, la coherencia, el respeto y la justicia, entre otros. Así llego a mi tesis central: en lugar de hablar de la pérdida de los valores deberíamos decir que se perdió la consciencia de la importancia de muchos valores, porque quizás los rápidos cambios en los que ha estado la sociedad colombiana (de una sociedad rural a una urbana, de una sociedad poco informada a una bombardeada de noticias, de una sociedad bastante analfabeta hace unas décadas a una escolarizada, de una sociedad pa-



**Cada valor que adoptemos debe tomar su origen o fundamento en las variaciones y contextos o ambientes diversos, además de las adaptaciones culturales- filosóficas que han tenido lugar. Esta es una labor permanente de identidad que todos tenemos que ayudar a construir y que hoy más que nunca tenemos que intentar**

triarcal a una sociedad) y la falta de una consciencia crítica llevó a muchos a vivir sin ella.

Es evidente que hoy siguen existiendo valores, expresados en refranes, proverbios y dichos, de los cuales hay muchos ciertos y que tienen vigencia, como por ejemplo “Haz el bien y no mires a quien”, o “Dime con quién andas y te diré quién eres”, etc. Pero dichos como “El que peca y reza empata” o “Time

is money” vistos en sentido categórico no se sostienen desde la cultura actual; el primero porque hemos descubierto que Dios no es alcahueta y el segundo, porque no todo se puede medir con el dinero.

Por lo tanto, hoy debemos reformular los valores, darles contenido de acuerdo con la cultura y la ética. Los valores se fundan en principios y los refranes, dichos, máximas como dice Kant, aunque no son de por sí universalizables sí deberían serlo si queremos cimentar sólidamente nuestros valores. Un ejercicio que recomiendo a todos, especialmente a los educadores y padres de familia es ser agentes creadores de certezas, de principios universalizables, así como analizar el contenido concreto de los valores que decimos tener o desear.

¿Qué significa dignidad hoy? ¿Es el mismo sentido liberal de la revolución francesa contra el absolutismo y el nepotismo, que el sentido que le da la ONU en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, o que el concepto cristiano y católico de dignidad? Creo que no. Creo que los tres tienen dimensiones específicas, aunque desde una mirada serena no necesariamente contradictorias sino más bien complementarias.

Cada valor que adoptemos debe tomar su origen o fundamento en las variaciones y contextos o ambientes diversos, y en las adaptaciones culturales filosóficas que han tenido lugar. Esta es una labor permanente de identidad que todos tenemos que ayudar a construir y que hoy más que nunca tenemos que intentar. 